

— Y bien; ahora que todo está terminado, señores, marchemos, — dijo Enrique.

De Epernón se inclinó.

— Vendréis conmigo, duque.

— Es decir, que voy á acompañar á V. M. á caballo, pues creo que esa es la orden que se ha dignado darme.

— Sí; ¿y quién irá á la otra portezuela? — preguntó Enrique.

— Un fiel servidor de V. M., el señor de Sainte-Maline, — dijo de Epernón observando el efecto que este nombre producía en Ernautón.

— ¡Loignac! — añadió. — Llamad al señor de Sainte-Maline.

— Señor de Carmainges, — dijo el rey comprendiendo la intención del duque de Epernón, — vais á desempeñar vuestra comisión, ¿no es así? y volveréis inmediatamente á Vincennes.

— Sí, señor.

Y Ernautón, á pesar de toda su filosofía, partió, teniéndose por muy dichoso en no presenciar el triunfo que iba á llenar de tanto gozo el corazón ambicioso de Sainte-Maline.

XXII.

Los siete pecados de Magdalena.

El rey había echado una ojeada sobre sus caballos, y al verlos tan vigorosos y piafadores, no quiso exponerse solo á los riesgos del viaje en coche; por lo cual, después de haber dado la razón enteramente á Carmainges, como hemos visto, hizo seña al duque para que tomase asiento en su carroza.

Loignac y Sainte-Maline se colocaron á las portezuelas, y un solo correo marchaba delante.

El duque se había instalado al vidrio de la maciza máquina, y el rey con todos sus perros sobre los almohadones del fondo.

Entre todos aquellos perros había uno predilecto, que era el que hemos visto en brazos del rey, en el balcón de la casa de Ayuntamiento el día del suplicio de Salcedo, y que tenía un cojín particular sobre el cual dormitaba blandamente.

Á la derecha del rey había una mesa, cuyos pies estaban fijos en el piso del coche, cubierta de dibujos iluminados que S. M. recortaba con maravillosa destreza, no obstante los vaivenes del coche.

La mayor parte de aquellos dibujos se reducía á estampas religiosas. Sin embargo, como en aquella época se hacía en punto á religión una mezcla bastante tolerante de las ideas paganas, no se hallaba mal representada la mitología en los dibujos religiosos del rey.

Por lo pronto, Enrique, siempre metódico, había escogido un argumento completo entre todos sus dibujos, y se ocupaba en recortar la vida de Magdalena la pecadora.

El argumento se prestaba por sí mismo á lo pin-

toresco, y la imaginación del pintor había realzado esas ventajas. Véase allí á la Magdalena, hermosa, joven y festejada; baños suntuosos, bailes y placeres de toda especie figuraban en la colección.

El artista había tenido la ingeniosa ocurrencia, como más tarde debía tenerla Callot al pintar la *Tentación de San Antonio*, de cubrir los caprichos de su buril con el manto legítimo de la autoridad eclesiástica; de suerte que cada dibujo, con el título correspondiente de los siete pecados capitales, estaba explicado por una leyenda particular.

— Magdalena sucumbe al pecado de la ira.

— Magdalena sucumbe al pecado de la gula.

— Magdalena sucumbe al pecado de la soberbia.

— Magdalena sucumbe al pecado de la lujuria.

Y así sucesivamente hasta el séptimo y último pecado capital.

El dibujo que el rey se ocupaba en recortar cuando pasaba el coche por la puerta de San Antonio, representaba á Magdalena sucumbiendo al pecado de la ira.

La bella pecadora, medio recostada sobre magníficos cojines y sin otro velo que sus hermosos cabellos dorados, con los cuales debía enjugar más

adelante los perfumados pies de Jesucristo, hacía arrojar por el lado derecho en un vivero lleno de lampreas, cuyas ávidas cabezas salían á la superficie del agua como otros tantos hocicos de serpientes, á un pobre esclavo que había roto un jarrón precioso, al paso que en el izquierdo mandaba azotar á una mujer más desnuda que ella, supuesto que tenía su mata de pelo recogida, y á la cual había impuesto aquel castigo por haber arrancado, al peinar á su ama, algunas hebras de sus preciosos cabellos, cuya profusión debiera haber hecho á Magdalena más indulgente hacia una falta tan lijera.

El fondo del cuadro ofrecía varios perros castigados por haber dejado pasar impunemente á pobres mendigos que pedían limosna, y gallos degollados por el enorme delito de haber cantado demasiado claro y muy de madrugada.

Al llegar á la Cruz Faubin, el rey había ya recordado todas las figuras de aquel dibujo, y se disponía á proseguir su tarea con el que tenía por lema:

— Magdalena sucumbe al pecado de la gula.

Éste representaba á la bella pecadora muellemente acostada en uno de esos lechos de oro y púrpura, en que los antiguos descansaban mientras conían:

cuanto los gastrónomos romanos conocían de más delicado y exquisito en carnes, pescados y frutas, desde los lirones con miel y los barbos de Falerno hasta las langostas de Stromboli y las granadas de Sicilia, adornaba aquella mesa. Los perros se disputaban en el suelo un faisán, al paso que hacían sombra á la rica estancia pájaros de mil colores que picaban en aquella abundante mesa higos, fresas y cerezas, que dejaban caer no pocas veces sobre un enjambre de ratones, que con la boca abierta esperaban aquel maná que llovía del cielo.

Magdalena tenía en la mano, llena de un licor rubio como el topacio, una de aquellas copas de forma extraña que Petronio describe cuando refiere el festín de Trimalción.

Distraído completamente en tan importante tarea, el rey se contentó con alzar la vista al pasar por delante del priorato de los Dominicos, cuya campana tocaba á visperas.

Todas las puertas y ventanas de aquel convento estaban tan perfectamente cerradas, que á no resonar en el interior del monumento antiguo las vibraciones de la campana, nadie lo hubiera creído habitado.

Después de aquella mirada dirigida al priorato, el rey prosiguió con actividad sus recortes.

Sin embargo, un observador diestro hubiera visto que Enrique, cien pasos más allá, lanzaba otra mirada más atenta y detenida que la primera á una casa de hermosa apariencia situada en la orilla izquierda del camino, y que, construída en el centro de un vistoso jardín, ostentaba enfrente del primero un gran enverjado de hierro, cuyos remates figuraban lanzas doradas.

Aquella casa de campo se llamaba Bel-Esbat.

Todas sus puertas y ventanas estaban abiertas, formando contraste con el convento de los Dominicos, á excepci3n de una sola de las últimas, cuyo interior ocultaba una celosía.

Al mismo tiempo en que el rey pasó, la celosía retembló con un movimiento casi imperceptible.

El rey cambi3n una mirada y una sonrisa con de Epern3n, y en seguida se puso á recortar otro pecado capital.

Era el de la lujuria.

El artista habíá representado el vicio de la pecadora con tan terribles y vivos colores, habíá sellado las faltas escandalosas de Magdalena con tanta

verdad, con tanto atrevimiento, con tanto empeño, que solo citaremos un rasgo del dibujo, por más que sea epis3dico.

El ángel custodio de Magdalena volaba asustado hacia el cielo cubriéndose los ojos con ambas manos.

Este dibujo, lleno de minuciosos pormenores, absorbía de tal modo la atenci3n del rey, que proseguía contemplándolo, sin reparar en cierta vanidad que se pavoneaba al estribo izquierdo del carruaje.

Lástima grande era para Sainte-Maline, porque éste se consideraba feliz, al verse, él, segundo vástago de una familia pobre de Gascuña, á caballo, cerca del rey, y al oír la voz de S. M. el rey cristianísimo, que decía á su perro favorito :

— ¡ Quieto, quieto, Amor! que ya me estás incomodando.

Ó al señor de Epern3n, coronel-general de la infantería del reino :

— Duque, se me figura que estos caballos van á hacernos volcar y desnucarnos.

De vez en cuando, no obstante, y á fin de reprimir su propio orgullo, miraba Sainte-Maline á

Loignac que marchaba muy serio al otro estribo, y á quien la costumbre de aquel honor le hacía mirarlo con indiferencia: y conociendo que su oficial parecía mucho mejor, con su tranquilo continente y su aire modesto y verdaderamente militar, que él con todos los humos de matón que descubría, trató de moderarse, pero en vano, pues al punto volvía su vanidad á ser juguete de sus locos pensamientos.

— Todos me ven, todos me miran, — murmuraba, — y todos se preguntan: ¿Quién es ese venturoso caballero que acompaña al rey?

Al pasó que caminaba el coche y que de ningún modo justificaba los temores del rey, debía durar mucho tiempo la felicidad de Sainte-Maline, porque los caballos de la reina Isabel, abrumados con el peso de sus ricos arneses cuajados de plata y profundamente guarnecidos y aprisionados por tirantes parecidos á los del arca de David, avanzaban muy poco á poco en la dirección de Vincennes.

Pero cuanto más orgulloso se mostraba nuestro joven, cierta cosa, como un aviso del cielo, llegó á disminuir su contento y á tornar su dicha en tris-

teza profunda: acababa de oír al rey pronunciar el nombre de Ernautón.

Durante dos ó tres minutos repitió el rey dos ó tres veces el mismo nombre, y ciertamente era curioso el ver á Sainte-Maline inclinarse hacia el coche para pescar al vuelo la solución de aquel enigma.

Pero, como suele acontecer en todas las cosas interesantes, el enigma quedaba interrumpido por un incidente inesperado ó por un ruido cualquiera.

El rey lanzaba una exclamación arrancada por el disgusto que le ocasionaba el haber dado en algún sitio del dibujo tal cual tijeretazo poco diestro, ó por alguna nueva orden terminante comunicada con toda la ternura posible al inquieto Amor, para impedir su exagerada, pero visible pretensión de meter tanto alboroto como un perro dogó.

El hecho es que desde París á Vincennes el rey pronunció seis veces, por la parte más corta, el nombre de Ernautón, y cuatro, lo menos, el duque, sin que Sainte-Maline hubiese podido comprender el objeto de aquellas diez repeticiones.

Se figuró, porque á todos nos gusta engañarnos, que únicamente se trataba de que tal vez quería

conocer el rey los motivos de la desaparición de Carmainges, y que sin duda el señor de Epernon, para distraerle durante el camino, le refería aquellos motivos verdaderos ó falsos.

Por fin llegaron á Vincennes, pero todavía quedaban al rey tres pecados por recortar, de modo que pretextando que quería proseguir su importante ocupación, se encerró en su aposento no bien bajó del coche.

Soplaba un viento sumamente frío, y ya Sainte-Maline trataba de acomodarse al lado de una gran chimenea, junto á la cual pensaba calentarse y dormir, cuando Loignac le tocó en el hombro.

— Hoy estáis de servicio, — le dijo con el tono imponente que solo pertenece al hombre que, después de haber obedecido largo tiempo, sabe hacerse obedecer cuando debe mandar. — Dormiréis por consiguiente otro día, pero ahora levantaos, señor de Sainte-Maline.

— Velaré quince días consecutivos si es menester, — respondió éste.

— Siento mucho no tener otra persona de quien echar mano por esta noche, — añadió Loignac haciendo como que buscaba á su alrededor.

— Caballero, — repuso Sainte-Maline, — es inútil que os dirijáis á otro, porque si es preciso no dormiré en un mes.

— No seré tan exigente como todo eso ; tranquilizaos.

— ¿ Qué debo hacer ahora ?

— Montar á caballo y volver á París.

— Estoy pronto, pues he metido el caballo ensillado en la cuadra.

— Bien : iréis en derecha al cuartel de los Cuarenta y Cinco.

— Está bien.

— Despertaréis á todos, pero os conduciréis de tal modo, que, á excepción de los tres jefes que voy á designaros, nadie sepa adónde se va, ni de lo que se trata.

— Obedeceré fielmente vuestras primeras instrucciones.

— Hé aquí las otras :

Dejaréis catorce hombres en la puerta de San Antonio.

Colocaréis otros quince á medio camino.

Volveréis á Vincennes con los catorce restantes.

— Dadlo ya por hecho, señor de Loignac; pero ¿á qué hora debemos salir de París?

— Al anochecer.

— ¿Á pie ó á caballo?

— Á caballo.

— ¿Con qué armas?

— Con todas, á saber: dagas, espadas y pistolas.

— ¿También con corazas?

— Sí.

— ¿Qué más tenéis que prevenirme?

— Hé aquí tres pliegos cerrados; uno para el señor de Chalabre, otro para el señor de Birán y otro para vos. El señor de Chalabre mandará la primera partida, al señor de Birán la segunda y vos la tercera.

— Está muy bien.

— Nadie abrirá su pliego hasta que se halle en su puesto, y al dar las seis. El señor de Chalabre abrirá el suyo en la puerta de San Antonio: el señor de Birán en la Cruz-Faubin, y vos en la puerta de Danjou.

— ¿Hay que venir pronto?

— Con toda la velocidad de vuestros caballos,

pero sin inspirar sospechas ni llamar la atención. Para salir de París cada uno tomará una puerta diferente: el señor de Chalabre la puerta Bourdelle, el señor de Birán la del Temple, y vos, que tenéis que andar más, tomaréis el camino recto, es decir, la puerta de San Antonio.

— Bien, señor.

— Las demás instrucciones están en esos tres pliegos. Podéis retiraros.

Sainte-Maline saludó é hizo un movimiento para salir.

— Á propósito, — replicó Loignac, — desde aquí hasta la Cruz-Faubin caminad tan ligero como queráis; pero desde la Cruz-Faubin á la barrera id al paso. Es más tiempo del que necesitáis.

— Perfectamente, señor.

— ¿Habéis comprendido bien, ó queréis que os repita la orden?

— Es inútil.

— Buen viaje, señor de Sainte-Maline.

Y salió Loignac metiendo ruido con sus espuelas.

— Catorce en la primera partida, quince en la segunda y otros quince en la tercera, es evidente

que no se cuenta con Ernautón, y que ya no forma parte de los Cuarenta y Cinco.

Sainte-Maline, henchido de orgullo, desempeñó su cometido con exactitud, si bien dándose la mayor importancia posible.

Media hora después de su partida de Vincennes, y cumplidas al pie de la letra todas las instrucciones de Loignac, atravesaba la barrera, y al cabo de un cuarto de hora se hallaba en el cuartel de los Cuarenta y Cinco.

La mayor parte de estos señores saboreaban ya desde sus aposentos el vapor de la cena que humeaba en las cocinas respectivas de sus amas de gobierno.

Así, la noble Lardilla de Chaventrade había preparado un plato de carnero con zanahorias y muchas especias, es decir, á la moda de Gascuña, plato suculento al que Militar, por su parte, prestaba su poderoso apoyo, esto es, pinchaba de vez en cuando con un tenedor de hierro para probar el grado de coción de la carne y de las legumbres.

Pertinaz de Monterabeau, auxiliado de aquel eriado singular de quien se dejaba tutear sin tutearle, ejercía para una escuadra á escote sus propios

talentos culinarios. El rancho fundado por este hába administrador reunía á ocho asociados, cada uno de los cuales contribuía con seis sueldos por comida.

El señor de Chalabre no comía jamás ostensiblemente, de modo que cualquiera podía tenerle por un ser mitológico, colocado por la naturaleza fuera de todas las necesidades; y si algo hacia dudar de su naturaleza divina era su falta de carnes.

Miraba almorzar, comer y cenar á sus compañeros, como un gato orgulloso que no quiere mendigar, pero que, no obstante, tiene hambre, y que para apagar su hambre se lame los bigotes. Justo es, sin embargo, decir que cuando se lo ofrecían, y se lo ofrecían pocas veces, rehusaba diciendo que tenía los últimos bocados en la boca, y los bocados no eran jamás menos que perdices, faisanes, cogujadas, pasteles de gallo silvestre y pescados finos, todo esto rociado, por supuesto, profusamente con exquisitos vinos de España, del Archipiélago, de los añejos y secos, como Málaga, Chipre y Siracusa.

Como se ve, toda aquella sociedad disponía á su antojo del dinero de S. M. Enrique III.

Por lo demás, se podía juzgar del carácter de cada uno por el aspecto que presentaba su ridículo apo-

sento. Los unos eran apasionados á las flores y cultivaban en un cacharro esportillado sobre su ventana algún mezquino rosal ó alguna escabiosa amarillenta. Otros tenían, como el rey, afición á las estampas, sin poseer su habilidad en recortarlas; otros en fin, como verdaderos canónigos, habían introducido en la casa el ama ó la sobrina.

El prudente de Epernon había dicho en voz baja á Loignac que, no habitando los Cuarenta y Cinco el interior del Louvre, debía hacer la vista gorda sobre todo esto, y Loignac hacía la vista gorda.

Sin embargo, cuando sonaba la corneta, toda aquella gente se convertía en soldados y esclavos de una disciplina rígorosa, montaban á caballo y se hallaban dispuestos á todo.

En invierno se acostaban á las ocho, en verano á las diez, pero quince solamente dormían, otros quince no dormían más que con un ojo, y los demás de ninguna manera.

Como no eran más que las cinco y media de la tarde, Sainte-Maline halló á toda su gente en pie y en la disposición más gastronómica del mundo; pero con una sola palabra derribó todas las escudillas.

— Á caballo, señores, — dijo.

Y dejando á toda la sociedad de mártires entregada á la confusión de aquella maniobra, explicó la orden á los señores de Birán y de Chalabre.

Los unos, abrochándose sus cinturones y poniéndose sus corozas, engulleron algunos bocados humedecidos con un gran trago de vino: y los otros, cuya comida estaba menos avanzada, se armaron con resignación. Solo el señor de Chalabre, ajustándose su cinturón, aseguraba que hacía más de una hora que había comido.

Tocóse llamada, y solo se presentaron cuarenta y cuatro comprendido Sainte-Maline.

— Falta el señor Ernautón de Carmainges, — dijo el señor de Chalabre, á quien había tocado el turno de ejercer las funciones de furriel.

Una alegría profunda llenó el corazón de Sainte-Maline, alegría que refluyó á sus labios, los cuales gesticularon una sonrisa, cosa rara en aquel hombre de temperamento tético y envidioso.

En efecto, á juicio de Sainte-Maline, Ernautón se perdía irremisiblemente con aquella ausencia injustificable en los momentos de una expedición de tanta importancia.

Partieron, pues, los Cuarenta y Cinco, ó más bien

los cuarenta y cuatro, cada pelotón por el camino que le estaba indicado, esto es : el señor de Chalabre con trece hombres por la puerta Bourdelle.

El señor de Birán con catorce por la puerta del Temple.

Y, en fin, Sainte-Maline con otros catorce por la puerta de San Antonio.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

TABLA

de los títulos contenidos en el tomo segundo.

	Pág.
I..... El Priorato de los Dominicos	5
II..... Los dos Amigos	17
III.... El Almuerzo	31
IV.... El hermano Borromeo	51
V..... La Lección	67
VI.... La Penitente	81
VII... La Emboscada	99
VIII... Los Guisas.	119
IX..... En el Louvre	129
X..... La Revelación.	139
XI..... Los dos Amigos	155
XII.... Sainte-Maline.	167
XIII... El señor de Loiguae dirige una alocución á los Cuarenta y Cinco	181

	Pág.
XIV.... Los Vecinos de París	201
XV..... Fray Borromeo	219
XVI.... Chicot Latino.	231
XVII... Los Cuatro Vientos	243
XVIII.. Como Chicot continuó su viaje, y de lo que le aconteció	259
XIX... Tercera jornada	275
XX... Ernautón de Carmainges	289
XXI... El Patio de los Caballos.	305
XXII.. Los siete Pecados de Magdalena	321

